

Viaje sin escalas Moscú - Berlín¹

Álvaro Delgado Guzmán²

MOSCÚ

“ No conocemos ningún estudio serio de ningún partido y de ningún país sobre la experiencia del fracaso del modelo socialista (...) no conocemos ningún trabajo de soviéticos o ex soviéticos (sic) al respecto y las cosas que han publicado los comunistas rusos son sumamente pobres y escasas”, afirmaba Gilberto Vieira³ en el último año del siglo pasado, cuando todavía el mundo estaba tratando de digerir la desaparición incruenta del ‘comunismo’ y no habían aflorado –como ocurre hoy– las expresiones

nostálgicas de los viejos cuadros del PCUS, según las cuales antes, bajo el régimen socialista, las cosas eran mejores en todo sentido. Así lo vivimos aquí cuando se acabó la dictadura rojaspinillista y se instauró el Frente

1 El autor agradece la amable colaboración de Luis Alfredo Sánchez, Jesús Gualdrón, María Teresa Cifuentes y Natasha Iartóvskaia en la elaboración del presente texto.

2 Investigador del Cinep.

3 “Gilberto Vieira: su vida, su obra, sus aportes”, Ediciones Izquierda Viva, 2008.

Nacional, y así volveremos a experimentarlo después de que desaparezca el ignominioso gobierno de Uribe Vélez. Las nostalgias tienen vida eterna.

Mientras tanto, sin embargo, nosotros, sin pretensiones de análisis teóricos o políticos, queremos recrear en estas notas las impresiones generales que reinaban entre propios y extraños en los años y meses previos al derrumbe de la Unión Soviética.

El proceso final del inmenso conglomerado socialista (16 naciones federadas, otras decenas autónomas, 147 millones de habitantes extendidos entre los Urales y la isla de Kamchatka) empezó en 1986, cuando la crisis económica se manifestó en toda su fuerza y comenzaron las sublevaciones nacionalistas. La primera manifestación de nacionalismo explotó en Kazajstán, una región determinante en materia de recursos energéticos e instalaciones de comunicación interplanetarias. La población, dirigida por los comunistas, se rebeló contra las autoridades centrales y enseguida la violencia se apoderó del Cáucaso. En 1987 Armenia se enfrentó contra Azerbaiyán por el dominio sobre el territorio de Nagorno-Karabai, cruzado de agrupaciones nacionales que reclamaban la protección de una u otra potencia regional. Cerca de medio millón de armenios vivían en Azerbaiyán y unos 200.000 azeríes en Armenia, y los primeros reclamaron la protección soviética. No querían que se repitiese el exterminio de que habían sido víctimas en 1915 –apenas dos años antes de que los bolcheviques se hicieran al poder en Rusia–, pero esta vez no tuvieron ayuda. En abril de 1989 se presentaron matanzas en Georgia, en cuyas fronteras operaban dos repúblicas autónomas, Osetia y Abjacia, cuyas poblaciones reclamaban la protección georgiana y rusa, respectivamente (ahora mismo, hace



apenas unos meses, se produjo una nueva invasión del ejército georgiano sobre Osetia, que fue respondida por la intervención rusa, que aplastó a las fuerzas georgianas en pocos días y las obligó a retirarse al otro lado de la frontera).

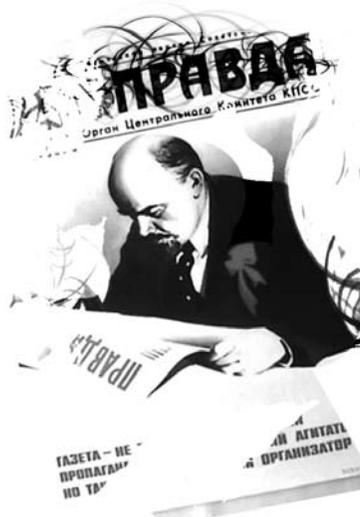
El turno fue para los países bálticos –Estonia, Letonia, Lituania–, de reconocidas mayorías católicas, que habían sido realmente territorios anexados a la fuerza a la URSS y que en el curso de solo seis meses de 1988 - 1989 decidieron su separación y provocaron enseguida la de Moldavia. En agosto de 1989, en una impresionante demostración de lucha pacífica por su independencia que el mundo entero admiró, los bálticos formaron una cadena humana de cinco millones de personas, el 40% de sus habitantes totales, y nadie osó tocarlos. En marzo de 1990, de un plumazo, desapareció la URSS, el nivel de vida se vino al piso y los comunistas se preguntaron qué errores habían cometido Lenin y Stalin al organizar tan extensa y diversa nación. En mayo se celebraron elecciones libres por primera vez y la censura prácticamente desapareció. Gorbachov se convirtió en Presidente y comenzó a retroceder de su anterior posición democrática, dando pie para que a su lado, y llamado por



él, se alzara la figura siniestra de Boris Yelsin y con ella el ingreso al poder de las mafias políticas y financieras que controlaban el petróleo y el gas.

Censura y apertura al mundo

Oficialmente, sin embargo, hasta la aparición de Gorbachov, dentro de la URSS nada se sabía de la profunda crisis que atravesaba el país, porque había censura de prensa. Nunca en ningún periódico aparecía información crítica de la vida bajo el socialismo. La protesta popular polaca, que se inició desde fines de los años setenta, se convirtió en movilización masiva desde mediados de los ochenta, pero en Moscú solo por emisoras de onda corta, interferidas por la policía, era posible escuchar novedades. Alrededor de la enorme ciudad había torres de interferencia de transmisiones en onda corta, especialmente las de la Voz de América y la BBC, que se emitían en idioma ruso. Se oían, pero con ruido de fondo, y eso era todo por el lado de las noticias. Baste decir que algunos ciudadanos escuchaban música de jazz ofrecida por la Voz de América encerrados en el clóset de la casa y rebajando al máximo el volumen de los escasos receptores marca Telefunken, viejos aparatos importados hacía tiempos de Alemania. Así evitaban ser oídos y denunciados por algún vecino. Las máquinas de escribir debían estar registradas en los controles de la policía y cualquier intento de difundir copias de documentos impresos en ellas era fácilmente detectable. Por supuesto, los hogares no disponían de grabadoras y menos aún de impresoras, así fueran portátiles. De computadores, ni hablar. Ellos estaban restringidos tan solo a la rama aeronáutica y la industria bélica. Toda la literatura rusa de los últimos treinta o cuarenta años de socialismo



se escribió sobre pesadas y ruidosas máquinas de escribir fabricadas en los países bálticos, y de esos países, además de Bielorrusia, eran los gruesos aparatos de radio que había en las habitaciones de hotel.

No había libertad de residencia. Usted o su familia no podían decidir alegremente cualquier mañana: “Nos vamos a vivir a Leningrado”, y listo. Hasta para trasladarse de una ciudad a otra de la URSS había que obtener pasaportes internos y en ellos figuraba la nacionalidad del sujeto: ruso, chechenio, kazajo, etc. La apertura de Rusia al mundo trajo lo extranjero. *Inturist*, la agencia de viajes estatal que funcionaba desde los años 60, abrió puestos de atención al público en los grandes hoteles. La identificación con el exterior era solamente a través de la gente que viajaba. Las delegaciones rusas al exterior tenían que pedir permiso de salida, y los cuerpos de seguridad se aseguraban de que por lo menos uno de sus componentes perteneciera a la policía. Los trabajadores modelo que partían al exterior en misiones de buena voluntad regresaban trayendo ropa y aparatos de uso doméstico que no había en el país. A uno mismo, en la calle, le ofrecían compra de la ropa que llevaba puesta.





Se acercaban y le pedían que les vendiera el vestido o en su defecto alguna prenda que tuviera en casa. Solo se recibía periódicos occidentales del tipo de L'Unità, L'Humanité, Morning Star, voceros respectivamente de los partidos comunistas de Italia, Francia e Inglaterra. Cuando los italianos y los españoles empezaron a coquetear con la visión crítica del proyecto socialista universal, en lo que se bautizó como eurocomunismo, sus pares soviéticos los censuraron. En los comentarios de los periódicos moscovitas sobre eventos internacionales de los partidos comunistas no aparecían reseñas de las intervenciones de los eurocomunistas, o ellas eran muy sucintas.

Los sucesos de Polonia tensionaron extraordinariamente las relaciones con el exterior. La URSS fue muy crítica con la elección del papa Wojtyła. La calificó de conjura de Estados Unidos y Alemania para soliviantar los problemas con los católicos de la órbita soviética, como Polonia, Alemania, Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos (Estonia, Letonia y Lituania). Y efectivamente era así: gracias al Papa el dirigente obrero Lej Wauensa fortaleció el sindicato Solidaridad y lo elevó al plano mundial. Gorbachov trató de acercarse al Papa y fracasó. Juan Pablo II no tenía bue-

nas relaciones con la Iglesia ortodoxa rusa, que siempre ha sido muy fuerte en suelo ruso y que, por supuesto, era contraria a la apertura de templos católicos en el país.

Quedaba a disposición, pues, el contacto personal. Pero las conversaciones con personas conocidas o del entorno del trabajo de uno resultaban un problema porque uno no sabía si estaba hablando con un informante de la Seguridad. En el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes por la Paz que tuvo lugar en Moscú en 1957 se vieron verdaderos ríos de gente en las calles moscovitas. La "cortina de hierro" se abrió por lo menos para la gente joven, que pudo ver en físico a las grandes orquestas de jazz y a personalidades del arte y la cultura de Occidente, como la cantante norteamericana Ella Fitzgerald. Las obras de grandes escritores, como Dostoievski, Babel, Bulgakov, no se publicaban en tiempos de la URSS y la misma suerte corrían escritores como Kafka, Proust y otros grandes de Occidente. Igual pasaba con la pintura: toda aquella que no representara el realismo socialista estaba prohibida. No se podía ver obras de Kandisky, Chagal, Lentulov, Gancherova, y toda la pléyade de pintores rusos de los años veinte permanecía oculta en los sótanos de los museos, al igual que la de muchos plásticos de Occidente. Gracias a los contactos de viajeros occidentales, o de rusos que iban al exterior, empezó a desarrollarse el interés de la juventud soviética por el extranjero. Conocieron de la existencia de un mundo de cuya fuerza social y anímica no sospechaban.

Sentimiento de gran potencia

Durante los setenta años de poder soviético el nacionalismo estuvo presente siempre en todas las repúblicas de la antigua





Rusia zarista. Era un sentimiento avasallador, imposible de disimular por la gente y que impregnaba cada acto y cada acontecimiento de la nación. Las autoridades soviéticas desplazaron gran cantidad de dirigentes y militantes comunistas a las regiones donde el sentimiento nacionalista era más fuerte, pero nunca pudieron extirparlo, apenas debilitarlo en algunas regiones. En la segunda guerra mundial nacionalidades importantes –chechenos, tártaros, bálticos, alemanes del Volga–, que tenían mayores posibilidades de acercarse al mundo capitalista por motivo de su origen y su lengua (alemanes), se hicieron sospechosas al régimen y fueron objeto de persecuciones y desplazamientos forzosos hacia el interior del territorio soviético. Tan pronto aparecieron las primeras expresiones libertarias del *glasnost* (transparencia) y la *perestroika* (reestructuración), las diversas nacionalidades recobraron todo su poder y hoy son mucho más vigorosas que en cualquier época pasada. Es como si el régimen soviético nunca hubiese existido.

Ese nacionalismo congelado en el tiempo proviene de la política imperialista rusa del siglo XVIII. En vez de desplazarse a grandes distancias para someter a pueblos de Asia, África y América, como lo hicieron las potencias de la época (Inglaterra, España, Portugal, Holanda, Italia), la Rusia zarista sometió a los pueblos vecinos. La misma Finlandia,

un país occidental de cierto grado de desarrollo capitalista, hizo parte del imperio zarista hasta la revolución de Octubre de 1917. El imperio de Iván el Terrible y Pedro el Grande se construyó en históricos dominios islámicos y Rusia es hoy todavía el más extenso país del mundo. No ha necesitado colonias al otro lado de los mares y sus costas comienzan en el Mar Negro y llegan a los océanos Báltico, Antártico y Pacífico. El gobierno socialista se ufanaba de mostrar a sus visitantes que Moscú –asentado en el corazón de una masa continental– era un puerto marítimo y no solo fluvial, porque, efectivamente, usted podía embarcarse en el río Moscú, que atraviesa la ciudad, y por esa vía salir a cauces de agua cada vez más poderosos que lo llevaban al mar, en tierras de Asia. Teóricamente, no necesitaba abandonar las naves acuáticas ni hacer trasbordos.

Las cosas cambiaban radicalmente cuando las miradas se dirigían a Occidente, a tal punto, que todo ruso que residía en el exterior era considerado contrarrevolucionario, simpatizante del antiguo régimen zarista. Si tenías un hermano u otro familiar cercano en Occidente te hacían firmar un documento en que renunciabas a cualquier vínculo con esa persona y a cualquier comunicación con ella. La época de Leonid Brézhnev (años setenta y ochenta) marcó el aislamiento definitivo de la república federativa soviética respecto del resto del mundo.



Mala producción

Otro factor que debilitó profundamente el experimento socialista fue el fracaso de la colectivización de la agricultura –en un inmenso país de agricultores–. Como los campesinos son productores directos y como tales adoran la propiedad privada porque con ella han podido sobrevivir a lo largo de siglos, los dirigentes del Estado y del Partido se vieron precisados a iniciar, en los años treinta, una cruenta campaña de colectivización de la tierra que produjo millones de muertos, unos por represión política al ser acusados de oponerse a la colectivización, y otros por hambre, ya que los campesinos dejaron de producir. Además de ello apareció la burocracia. Todo el asunto se reducía a cumplir las metas del plan de la economía nacional, aunque las acciones concurrentes al plan y sus resultados en la vida del país no sirvieran para nada. Además, siempre reinó la corrupción: el administrador del negocio –cualquiera que fuese– mantenía en las bodegas el producto de mejor calidad y lo vendía, a mayor precio, a sus amistades, caudas electorales e intermediarios inescrupulosos.

El esfuerzo bélico del país frente al poderío norteamericano, que pretendía exterminarlo, fue desastroso para la economía y provocó la desvalorización y pobreza de la producción de artículos de consumo masivo. En los años setenta los investigadores de la economía constataron que un trabajador civil ruso debía alimentar a cuatro militares. Y no eran las difíciles condiciones del clima las que impedían el desarrollo de la agricultura, como pregonaba el gobierno soviético. Canadá soporta todo el año iguales o peores condiciones climáticas, y en los años setenta las escuelas de economía soviéticas constataban que una granja familiar canadiense producía



más valores anuales que un koljós soviético, que era una cooperativa de decenas o centenas de miembros. En el partido comenzaron a darse cuenta de eso y así lo dejó percibir el embajador de la URSS en Canadá, Iakobliev, uno de los artífices de la perestroika. En el libro *Gilberto Vieira: su vida, su obra, sus aportes*, el Secretario General del partido comunista colombiano señala que el absurdo andamiaje económico y la política de precios subsidiados solo para poder mostrar “resultados” (“falsos positivos”, habrían dicho los rusos si hubieran sido uribistas), ocasionaba el hecho asombroso de que los campesinos viajaran a las ciudades a proveerse de las excelentes hogazas de pan de trigo que se vendían en las tiendas y de vuelta las arrojaban al ganado porque les salían más baratas que el pienso. Los déficits de la producción se ocultaban a la población.

Rusia –y la URSS entera– no dejaron nunca de ser un país de herencias feudales, y su desarrollo económico capitalista fue del mismo tenor. Hoy, pasado un experimento revolucionario que se tomó setenta años, Rusia sigue figurando en el mundo como



al principio, como exportador de productos primarios: petróleo, gas, minerales, pieles, como cualquier país subdesarrollado, y a su lado calificadas y versátiles armas de guerra, porque la industria verdaderamente desarrollada de la URSS fue la militar. Su nivel industrial civil fue ampliamente sobrepasado por pequeños países y regiones del tercer mundo, como Taiwán, Hong Kong, Corea del Sur, Singapur, para no hablar de Japón. Era una formación mastodóntica pero ineficaz, que no pudo resistir la competencia del capital globalizado. Hoy las cosas siguen iguales: débiles grupos de sociedad civil y medios de comunicación que no se atreven a criticar al Presidente o a sus altos funcionarios.

Últimos días del experimento

La brutal represión de las protestas de Praga por el Ejército soviético en la primavera de 1968 provocó el rechazo de los ciudadanos rusos, contrariamente a lo que ocurrió con motivo de las rebeliones aplastadas en Budapest en 1956 y en Berlín tres años atrás. La gente soviética se indignó al constatar que Dúbchek, el Presidente checo, había llegado dopado a Moscú y que en ese estado lo obligaron a dar declaraciones públicas en las que reconoció, por supuesto, sus grandes “errores” contra el proceso revolucionario.

Los cuerpos directivos de las organizaciones sociales, comenzando por las sindicales, apoyaban al PCUS y al gobierno, que controlaban férreamente la actividad sindical y social pero ofrecían ventajas de todo tipo para los trabajadores, todos ellos organizados en sindicatos, cooperativas asociaciones solidarias, y sobre todo para sus líderes. Sin embargo, el apoyo de las bases a los dirigentes no era producto de una reflexión política sino del acomodo oportunista al poder. Por eso,



cuando se desencadenó la caída, nadie entre la masa del pueblo salió a defender a los círculos dirigentes del Partido, de los sindicatos y organizaciones sociales y con mayor razón del Estado. No hubo guerra civil, como en los años veinte, cuando los “blancos” de la reacción terrateniente se levantaron contra los “rojos” bolcheviques. Incluso una división militar de Moscú (*Kantemiróvskaia*) se negó a reprimir a la multitud.

La gente estaba castrada porque no disponía de organizaciones independientes. No pedía cambio del sistema sino solo que se le hicieran reformas. Pero ni siquiera eso permitieron los enfrentamientos suscitados entre las diversas facciones que venían controlando el poder. Finalmente, había abulia en un pueblo que nunca conoció el ejercicio de la democracia, ni en el zarismo ni en el gobierno del proletariado. El sistema se hundió él solo, la crisis vino de arriba hacia abajo y no al contrario, como en el común de las transformaciones sociales. Fue la cúpula –Gorbachov y sus amigos– la que decidió reformar el sistema que se iba a pique, pero la tarea resultó imposible porque las miradas de los sectores que rodeaban al Presidente estaban





dirigidas a otro lado: el aprovechamiento de la crisis para su beneficio personal, así fuera mediante acuerdos con las mafias que había incubado el sistema.

El miembro del Soviet Supremo Alexandr Korshunov afirmaba: “Me parece que muchos se equivocan al poner automáticamente signo de igualdad entre la Revolución de Octubre, su proyección humanitaria, y un periodo de nuestra historia verdaderamente aterrador, que se inicia a partir de la segunda mitad de los años veinte y que, en lugar de ser una continuación del gran Octubre, es su negación contrarrevolucionaria (...) Tenemos el poder de los sóviets desde 1917, pero solo recientemente nos hemos liberado de una crudelísima dictadura, sin parangón en la historia”.

En 1987 el gobierno de Gorbachov, sobrecogido por la euforia de la *perestroika* y la *glasnost*, invitó a visitar el país a intelectuales y artistas del mundo entero, que fueron recibidos en Moscú por la elite de la sociedad soviética. De Colombia fueron invitados Gabriel García Márquez, Santiago García, Luis Alfredo Sánchez y Natasha Iartóvskaia,

aunque el primero no asistió. La ciudad aparecía engalanada como nunca pero el pueblo estaba ausente del suceso. El nuevo gobierno dispuso la exhibición de artículos de prensa sobre grandes tableros levantados en lugares públicos de la ciudad y la multitud ávida de noticias se agolpaba todos los días sobre ellos para enterarse de las últimas novedades del mundo. Allí aparecieron textos que nunca antes habían sido conocidos del pueblo soviético. Era la exaltación de la transparencia de la vida pública que había prometido el nuevo gobierno. La *perestroika* fue una expresión de masas, aunque solo en sus inicios. Cuando la conspiración contra el gobierno “transparente” se tornó un hecho evidente, incluso se produjeron marchas ciudadanas de condena del golpe que preparaban los mismos sujetos que rodeaban al Presidente. En esa coyuntura Gorbachov, que nunca llegó a tener el dominio político del Estado y cuyos actos de gobierno jamás trascendieron fuera de la capital del país, acudió a su segundo en el mando, Boris Yeltsin, secretario del Partido de Moscú, quien prontamente se convirtió en cabeza de la conspiración destinada a descoyuntar el poder soviético, eliminar las leyes socialistas y feriar la propiedad socialista entre las nuevas figuras de la escena.

Regreso al pasado

Actualmente Vladimir Putin, el sucesor de Yeltsin, está interesado en reintegrar a suelo ruso a la enorme emigración que vive en Occidente y para lograrlo no duda en trivializar los métodos. Su régimen resalta los símbolos de la Gran Rusia, que incluye los uniformes militares del tiempo de los zares, la resurrección de los históricos guerreros cosacos del pasado, resplandecientes de mostachos y



furia masculina. Ciudades, calles y plazas cambiaron de nombre. La nostálgica calle Gorki –símil de la Carrera 7ª de Bogotá o la Avenida Junín de Medellín– ahora se llama Tverskaia, el viejo nombre que tenía desde la época de los zares.

La Iglesia ortodoxa ha recuperado su poder de antaño y se ha fortalecido como en ninguna otra época de su larga historia. El régimen socialista la persiguió sin tregua y alrededor de 300.000 iglesias, catedrales, conventos y monumentos ortodoxos fueron destruidos o destinados a menesteres *non sanctus* en la época de Stalin. Hoy esa Iglesia renace en todo su furor y majestad y su poder sobre las multitudes es avasallador. En los barrios de las ciudades mayores y en los poblados más diversos se levantan hoy templos fastuosos de esa creencia cristiana, más primitiva y más solemne que la católica. La catedral moscovita de Cristo Salvador, joya de la arquitectura, fue reconstruida milímetro a milímetro y ahora transmite su frío esplendor a propios y extraños. Era la edificación más grande de la ciudad cuando los sóviets se hicieron al poder; el gobierno revolucionario ordenó dinamitarla y en la enorme depresión del terreno que quedó a la vista construyó un gran complejo de piscinas para deleite de niños, jóvenes y viejos, que en primavera, verano y parte del otoño (los rusos son fuertes para resistir el frío) estaban atestados de visitantes.

El Patriarca ortodoxo –el arzobispo, dirían los católicos– recibe hoy con honores la visita del Presidente ruso y sus altos funcionarios. El gobierno de las mafias del gas, el petróleo y las armas de guerra no se ha atrevido todavía a tocar el monumento que guarda la momia de Lenin en la Plaza Roja, pero mientras ese lugar sigue siendo ocasión de recogimiento de rusos de avanzada edad y punto

La utopía de la sociedad sin clases se derrumbó y de ella no quedó nada. En Moscú existe ahora un parque llamado “Cementerio de Estatuas”, adonde la gente acude a conocer o reconocer el pasado y tomarle fotos.

de curiosidad de turistas nacionales y extranjeros, las iglesias se mantienen abarrotadas de fieles y de ordinario nuevos lugares del culto son bendecidos. Todo el mundo parece creer ahora en Dios y bautiza a sus hijos.

Setenta años en un país de mil años de historia imperial no son nada. La utopía de la sociedad sin clases se derrumbó y de ella no quedó nada. En Moscú existe ahora un parque llamado “Cementerio de Estatuas”, adonde la gente acude a conocer o reconocer el pasado y tomarle fotos. Son gajes de la historia política. Cuando se produjo la caída de Jrushov –el develador de los crímenes del estalinismo–, los herederos del mando supremo lograron lo que ningún otro poder humano ha conseguido quizás en la historia de los pueblos: en una sola noche, y mientras se informaba al país que el Secretario General del Partido y Jefe del Estado enfrentaba problemas de salud, hicieron desaparecer todas las esculturas, pinturas, retratos y alegorías en las cuales aparecía la figura audaz del mandatario caído en desgracia. Jrushov, el de los zapatazos sobre la curul en una sesión de la ONU, desapareció de la historia de su país con la misma celeridad y brutalidad empleadas para extinguir la figura y la significación de Trotski, el creador del Ejército Rojo que fuera asesinado en México. Pero dicen que el récord de velocidad lo conocieron los



millones de chechenos que, cuando se produjo la invasión alemana a la URSS, en 1941, fueron sacados de sus casas y expulsados hacia el este en enormes caravanas, todo en el curso de 72 horas.

Ahora no hay fotos de nada que recuerde que en el país más grande del mundo existió una vez el más importante experimento de igualdad social y democracia que ha conocido la historia. Hasta la figura de la estrella roja amparada por el águila bicéfala desapareció del escudo nacional. Sigue todavía en pie el hermoso Himno Nacional de la Unión Soviética, pero del marxismo leninismo nadie parece tener idea. Tampoco parece importar que esa sociedad igualitaria eliminara en tiempos del estalinismo, en cálculos tentativos, entre 25 y 30 millones de seres humanos por estimarlos enemigos del socialismo. Algo así como la totalidad de los habitantes de Colombia en los años sesenta.

BERLIN

Los países socialistas no eran homogéneos. No eran una construcción modular. Había de por medio una historia y unas tradiciones propias, peculiaridades diversas y contrapuestas. A lo largo de siglos Rusia fue nación invasora de pueblos y la tentación le dura todavía. En cambio, en el complicado experimento de Yugoslavia la población se agrupó alrededor de la decisión de expulsar al invasor fascista de los territorios nacionales, en una guerra cruel y empecinada ceñida por las diferencias que pueden suponerse en una sociedad (los eslavos del sur europeo) signada por la existencia de seis repúblicas autónomas, cinco nacionalidades, cuatro lenguas y tres religiones bajo el dominio de un gobierno autoritario de partido único. En Polonia y Checoslovaquia las transformacio-

nes se produjeron por la vía de los acuerdos políticos enderezados a su reconstrucción de posguerra. Polonia, y en cierto sentido también Checoslovaquia, nunca habían existido como naciones independientes, y para ellas el socialismo pudo ser una alternativa. La República Democrática Alemana (RDA) surge como resultado de un acuerdo de las potencias para adelantar la reconstrucción de la Alemania vencida y destruida por la guerra, y no podía deshacerse de las tropas soviéticas, que habían sido la principal fuerza destructora del poder nazi.

Además, en el ámbito del "socialismo real" Alemania Democrática fue un fenómeno particular, debido a su mayor desarrollo capitalista, a la fuerte tradición de lucha de su clase obrera y a la riqueza que adquirió allí el debate de las teorías sociales revolucionarias. La tradición del movimiento obrero tenía un peso enorme. La experiencia social recogida de las revueltas de 1919, que condujeron al derrocamiento del régimen monárquico y la instauración de la República de Weimar, contribuyó decisivamente a fortalecer a los partidos de la socialdemocracia que enfrentaron al fascismo en ascenso. El régimen plural de partidos que hubo en la RDA permitió que, al lado del mayoritario partido comunista, siguieran funcionando los minoritarios, como el socialcristiano, el liberal y el de los campesinos, que, para más veras, crearon un Frente Nacional basado en un acuerdo político que incluía el apoyo a la creación de un Estado socialista. El pequeño partido Liberal contó incluso con una fracción parlamentaria. Más del 95% del electorado participaba en los comicios; los dirigentes y activistas iban a las casas, una por una, y sacaban a las familias a las mesas de votación. En el fondo, el voto era obligatorio. A fines de los ochenta, cuando empieza a observarse el descontento





popular, el gobierno concedió el derecho de voto a los extranjeros.

Un país religioso

A diferencia la mayoría de los países socialistas, el gobierno de la RDA toleraba sin mayor problema el funcionamiento de las diversas iglesias. En la construcción de nuevas poblaciones no era raro encontrar que el templo religioso hacía parte de las nuevas obras. Continuó el esquema del régimen anterior: el culto siguió siendo un servicio público, en el cual solamente el Estado percibía los impuestos, pero asignaba la parte correspondiente al sostenimiento de las iglesias y de sus funcionarios y jerarcas. No pasó como en Polonia, donde la Iglesia católica fue desde el principio enemiga del Estado socialista. O como en Cuba, donde la Iglesia se ha convertido hoy en factor del cambio político pacífico con que sueñan amplios sectores sociales de la isla, aunque no lo proclamen. En Polonia la Iglesia fue el vocero superior del retorno al capitalismo, al tiempo que en su vecina RDA funcionaban facultades de teo-

logía en las universidades de Halle, Leipzig y Jena, por lo menos. La Iglesia cristiana, que siempre fue poderosa e influyente en Alemania, era expresión de sociedad civil. Merkel, actual primera ministra de Alemania unificada, fue educada y empezó su vida política en la RDA.

Es más. En la parte oriental de Alemania nació la reforma protestante del siglo XVI, impulsada por el monje agustino Martín Lutero, quien se formó en el convento y en la Universidad de Erfurt. En Eisenach, donde se refugió, continuó la traducción de la Biblia al alemán. La iglesia luterana era muy importante, y además de ella había seis o siete. Todo lo de Lutero se conmemoró siempre con importancia, en el sentido de reconocer su aporte a los cambios culturales de la población. Los sitios históricos luteranos tenían fuerte recordación. Tanto Eisenach como Leipzig fueron además escenarios de la vida y la obra de Juan Sebastián Bach. La catedral de Leipzig era de visita obligada para los turistas, porque allí Bach había tocado el órgano por largos años. El sectarismo de estudiantes y turistas latinoamericanos contrastaba con la amplitud religiosa de los alemanes. La RDA restauró iglesias, sinagogas y cementerios judíos. El Estado imprimía las Biblias que las Iglesias solicitaban y publicaba obras del cristianismo y había un Consejo Ecuménico de Iglesias, de clara posición antirracista.

Con la Iglesia católica, minoritaria desde la Reforma, había distanciamiento porque reclamaba más protagonismo. Se presentaban fricciones muy fuertes porque el Vaticano no aceptaba relaciones condicionadas con las demás Iglesias. Había tres o cuatro sedes episcopales y los obispos no pasaban de cinco, pero funcionaban entre doscientas y trescientas parroquias y una veintena de comunidades de hombres y mujeres dedica-





das a la atención de enfermos mentales, ancianos, disminuidos físicos y a otros menesteres, todo ellos financiados por el Estado. Había algunas monjas del Niño Jesús Pobre (regentan en Bogotá el Colegio de Santa Clara), que recogían limosnas en el centro de Berlín; no lo hacían por necesidad sino para que los católicos no olvidaran la costumbre antiquísima de dar limosna.

Una economía distinta

La propiedad social iba más allá de la estrictamente estatal: funcionaban poderosas cooperativas de producción y distribución y a su lado operaba un sector privado nada despreciable: pequeñas empresas productoras de mercancías de consumo inmediato, servicios domiciliarios, sastrerías, zapaterías, droguerías, agencias de plomería y reparaciones, etc. En Moscú, hasta los vendedores de helados en los parques pertenecían a alguna gran empresa pública. Mientras en Berlín usted podía salir a comprar cerveza a

alguna tienda privada que funcionaba hasta cerca de la medianoche, en Moscú no podía darse ese “gustico”.

En las ciudades más grandes se conseguían artículos de consumo en mayor cantidad y de mejor acabado, e incluso productos importados de Occidente. No había escasez –como la había en Moscú y la hay en Cuba–. La oferta no era completa, como la de la RFA, donde usted buscaba una prenda de vestir y fácilmente le podían mostrar doscientos modelos para escoger. Había extranjeros de ambos sexos que vivían del cambalache de bluyines occidentales, y extranjeros residentes en Berlín Occidental que pasaban a la parte oriental a consumir alimentos dos o tres veces más baratos, o que iban en busca de diversiones excitantes, ofrecían a las muchachas prendas íntimas de calidad, cosméticos y chocolates, y de paso ejercían el tráfico sexual.

Alrededor de esas prácticas, que eran toleradas, se creaban redes de contrabando. Las muchachas –las mujeres siempre tienen mayor inventiva y creatividad que los varones– podían ir así a los *Intershops*, tiendas de hoteles donde se compraba con moneda dura. El ingreso de turistas era enorme y en algunas regiones del país su volumen anual podía equipararse fácilmente con la totalidad de la población local. Todo era barato para ellos. La afamada cerveza alemana valía 2,50 marcos en Occidente y con esa misma suma usted podía tomarse cuatro o cinco en la RDA, porque la cerveza de 2,50 costaba allí 0,50. Por un marco de Alemania Occidental a usted le daban tres de la RDA. Los precios de los artículos de consumo básicos (pan, carne, huevos, leche, verduras, papas) no aumentaron nunca a todo lo largo de los años sesenta. La ropa para niños era muchísimo más barata que en la parte occidental y la de



adultos no se quedaba atrás. Los habitantes gozaban de educación y salud gratuitas, pleno empleo y descanso anual prácticamente obligatorio. El ansia de pasar a Occidente no iba en busca de mejor nivel académico, porque el de la RDA era respetado en todo el mundo, como hoy sucede con el de Cuba. La vida cultural del socialismo era muy rica y la oferta del arte copaba todos los días de la semana.

En Berlín los restaurantes de comida cara estaban siempre ocupados. En Frankfurt del Óder, en los límites entre Alemania oriental y Polonia, podía notarse la presencia en los conciertos nocturnos de campesinos bien vestidos que uno había visto trabajando a campo abierto el día anterior, y en la Ópera de Dresde –la más bella joya arquitectónica del país, restaurada por completo por el Estado socialista después de su destrucción por la guerra– se veía a mujeres y hombres del pueblo vestidos con una elegancia propia para la ocasión.

Solo en los años ochenta comienza el deterioro a fondo de una economía que había sido la más desarrollada de todo el campo socialista, aunque de espaldas al cambio de los valores universales. Cuando el mundo capitalista diversificaba sus formas de reproducción del capital, parcelaba el trabajo y las operaciones, especializaba centros de partes, diversificaba la colocación de capitales en el mundo y extinguía el contrato colectivo y los sindicatos, en la RDA la tendencia en marcha era hacia la concentración de la producción industrial en grandes *combinados*, fábricas inmensas que empezaban en los socavones mineros y terminaban en la entrega del producto químico en las tiendas de menudeo. En Halle alcanzó a funcionar el gran complejo químico Leuna, que dio ocupación a 70.000 trabajadores, y en su entor-

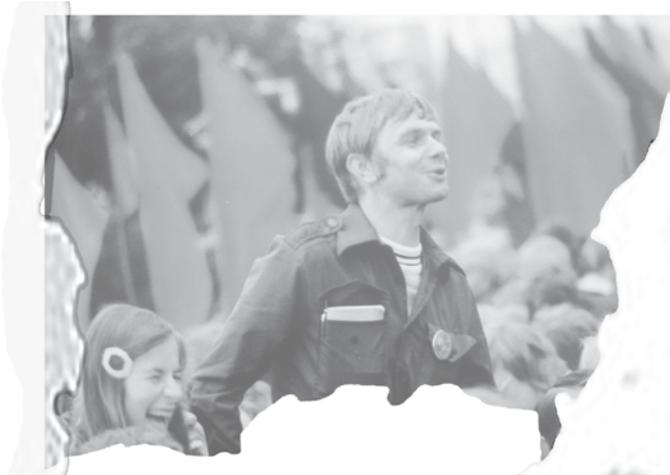
El corazón de tan inmenso esfuerzo era, como en todas partes, la juventud. Pero los jóvenes se sentían suturados de consignas socialistas. Más que formación marxista leninista sólida, la idea parecía ser la de machacar las cabezas con consignas ideológicas.

no el gobierno se vio precisado a construir una ciudad que alojara a semejante masa asalariada, con sus respectivas familias, de tal manera que en el curso de cinco o seis años la concentración humana alcanzaría a alojar entre cien mil y ciento cincuenta mil habitantes. Todo allí era de tales proporciones, que los trabajadores se movilizaban en buses de un sector a otro de las instalaciones. ¿Alguien recuerda hoy esa experiencia?

Jóvenes, los de siempre

El corazón de tan inmenso esfuerzo era, como en todas partes, la juventud. Pero los jóvenes se sentían suturados de consignas socialistas. Más que formación marxista leninista sólida, la idea parecía ser la de machacar las cabezas con consignas ideológicas. Mientras en países como Checoslovaquia y Hungría era bastante común que las muchachas, con tal de irse para Occidente, anudaran matrimonios de conveniencia con estudiantes extranjeros –que ya al otro lado de la frontera se mantenían lo estrictamente necesario para ultimar trámites administrativos de instalación–, en la RDA el permiso de salida de la joven era de muy difícil adquisición. En la mayoría de casos el sueño del capitalismo –que nunca dejó de ser otra cosa– se agotaba muy pronto y las jóvenes ya no podían regresar a su país.





Se estimulaba a las familias numerosas y las madres solteras eran promovidas en el empleo, la vivienda, los jardines infantiles y otras ventajas. Si tenían más de tres hijos las ventajas eran superiores. Lo mismo, claro, ocurría en el caso de los miembros del partido comunista, que entraban derechito a la Universidad y copaban los buenos empleos y las funciones diplomáticas. Prácticamente solo ellos tenían porvenir como traductores, por ejemplo. Ser traductor imprimía un elevado estatus social y político; tenían contacto con extranjeros, visitaban países de Occidente y en los planes de vivienda eran especialmente favorecidos. Los libros estaban totalmente bajo control policial. Había control en todas partes: puestos de escucha de conversaciones, cámaras fotográficas, traducción de textos.

En los años setenta arribó al país una inmensa ola de turismo. Había gente que quería “ver” con sus propios ojos la “cortina de hierro”, y no faltó el caso de una chilena, profesora de geografía, que pidió que se la mostraran en tierra firme porque no había podido localizarla desde el avión (también en “La mitad del mundo”, el punto geográfico y

turístico ecuatoriano que señala el cruce del paralelo 0 de la Tierra, una profesional colombiana me confesó haber sentido nítidamente la vibración que producía en los oídos la línea Ecuatorial). En el marco de la guerra fría se implantó en la mente occidental la idea de que la independencia y la individualidad de las naciones socialistas habían desaparecido por completo. Pero no era así: en la RDA incluso las contradicciones entre las fuerzas políticas del país eran de público conocimiento. Antes que por motivos ideológicos o políticos, en la población anidó largamente una doble moral ciudadana, ideada para soportar con menos dificultad la hermética estructura establecida por el Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA): para no poner en peligro su empleo o su cupo académico en la escuela o la universidad, de labios para afuera aceptaban la disciplina que se les imponía, no protestaban en presencia de sus superiores inmediatos o de los funcionarios del Partido, pero en la privacidad del grupo de trabajo o estudio expresaban sus ideas y debilitaban con hechos la disciplina impuesta.

La etapa inicial de efervescencia, despertada por la derrota del fascismo, chocó contra el carácter cada vez más autoritario que adoptó el nuevo Estado, que pretendió legitimarse por la vía de la fuerza. El nuevo poder fue tornándose más fuerte y más invasivo de las libertades individuales, con consecuencias muy distantes de las que se presentaron en los pueblos de la URSS, que nunca han conocido la democracia. El conflicto entre la hipertrofia del Estado y el ámbito de las libertades públicas fue inevitable en la RDA, precisamente ahí donde, en 1953, ocho años después de la derrota del fascismo, se presentó la primera reacción colectiva contra el Estado socialista. Otros ocho años más tarde



el gobierno socialista se vio precisado a levantar el Muro de Berlín para impedir la fuga de sus ciudadanos a Occidente. El Estado se arrogó el derecho de decidir por ellos, tal como ocurriría en Hungría en 1956 y en Praga en 1968. Los partidos comunistas y los gobiernos socialistas no fueron capaces de aprender de estas experiencias y el derrumbe definitivo se produciría en 1989, cuando la protesta popular se había extendido por 36 años, la mitad de la vida total que alcanzó el sistema socialista europeo.

45 kilómetros de pañete

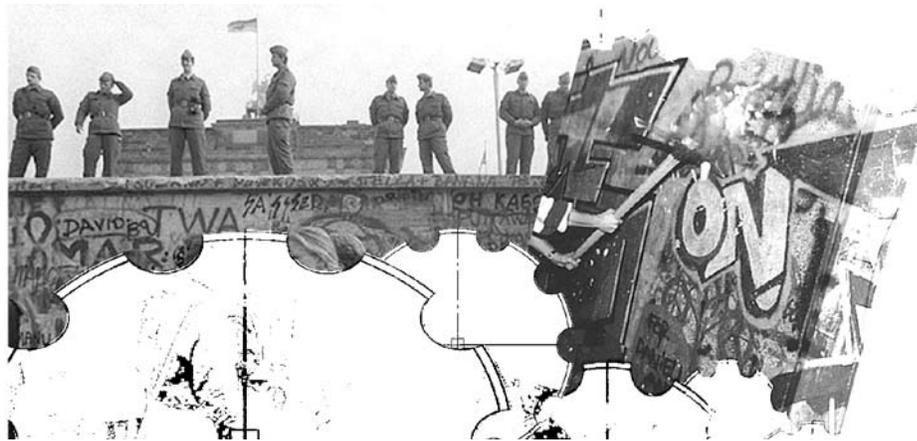
El principal problema de los alemanes del este fue, pues, el aislamiento forzado en que vivían. En 1961 las autoridades cerraron la frontera con Alemania Occidental y construyeron el Muro de Protección Antifascista. Detrás de sus 45 kilómetros de extensión (la distancia entre Bogotá y Melgar) el ciudadano se sentía constreñido, no propiamente por la falta de libertades públicas sino porque no podía abandonar el país, porque no podía viajar, no a cualquier parte del mundo sino precisamente a Occidente, a la otra mitad de su ser, al complemento anímico de sus vidas. Un joven a quien le preguntaron por qué no aprovechaba la ocasión de conocer los Balcanes, el Volga, las naciones socialistas de Asia, hasta Siberia y el océano Índico, al otro lado del mundo, respondió tranquilamente: "No me interesa ir a Novosibirsk sino a Berlín occidental", es decir, a unos pocos kilómetros o metros del sitio donde estaba. En Turingia, los domingos en la tarde, podía verse una romería de gente de toda edad que se empujaba para mirar largamente hacia el "otro lado" y repasar sus recuerdos antes de regresar a casa con la frustración y la rabia en el alma.



Había porciones del Muro que atravesaban la ciudad, frente a casas y edificios que fueron desocupados para evitar fugas temerarias y que crearon zonas o corredores de nadie, donde reinaba la desolación y el silencio. En otros parajes se levantaban torres, alambradas, letreros de peligro, soldados como sombras rígidas, y existían tramos que se internaban y desaparecían en bosques espesos y siniestros. A partir del bloqueo de Berlín Occidental en el mismo año 61 había vuelos entre Alemania Occidental y Berlín y los trenes circulaban entre occidente y oriente regidos por un sistema de visas o permisos para salir y regresar a territorio de la RDA en un tiempo estipulado. Los residentes en Berlín occidental necesitaban, por supuesto, una visa para pasar a la zona oriental; las había de 24 horas y de mayor duración, aunque siempre limitada.

El encerramiento se convirtió en una obsesión porque impedía la identificación del ciudadano con el Estado y el propio sistema socialista. El sentimiento de libertad fue asociado a la vida en el Occidente y a la violación de los derechos humanos en el Oriente. Por culpa del aislamiento, por ejemplo, en la parte socialista usted no podía sacar fotocopias de libros y documentos, ni siquiera en las bibliotecas públicas. Había que copiar





todo a mano. Los textos se ejecutaban en las viejas máquinas de escribir y las copias, indispensables para la presentación de los trabajos a las jefaturas académicas, iban en papel carbón. Detrás de la sala de lectura de las bibliotecas importantes había un recinto reservado, destinado a la consulta de obras prohibidas por la autoridad y a las cuales se podía tener acceso solo mediante permiso de las decanaturas, a su vez vigiladas por la Policía.

Al encierro anímico y cultural se añadía la prepotencia ideológica del PSUA y su ortodoxia marxista, copiada de la soviética. El rechazo del pensamiento libre arrebató a la revolución el apoyo de escritores y artistas, a quienes se les exigía aceptar su penosa situación en aras de una presunta buena intención del Partido hacia el bienestar del grueso de la población, conducta que, según tan imaginativos jefes políticos, tornaba soportable cualquier sacrificio. Los empadronamientos de la población podían ser estadísticamente correctos, pero la gente sentía que se ejercía una invasión de su privacidad de seres humanos, que sentían sobre su carne la desconfianza del Estado.

El PSUA pretendió presentarse a los ciudadanos como el representante legítimo y

único de la llamada “vanguardia de la clase obrera”, un supuesto adalid que era resultado de una definición de principios ideológicos, no de la lucha concreta del partido al lado del pueblo. Se afirmaba que el Partido era la organización de la vanguardia de la clase obrera y que esa clase era la que definía la ruta del desarrollo nacional. Pero todo ese andamiaje retórico estaba asentado en una interpretación unilateral y acomodaticia del marxismo, interpretación de la cual había desaparecido el elemento discursivo, dialéctico, como método de conocimiento. El Partido, por ejemplo, enterró para siempre la mejor herencia ideológica y política de la revolución proletaria universal, que había florecido precisamente en Alemania: la flamante república de trabajadores desconocía el legado de Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, August Bebel y tantos luchadores más que pagaron con sus vidas la defensa de las ideas revolucionarias frente a las hordas fascistas.

La RDA, que a principios de los años setenta había sido considerada en Occidente como la décima potencia industrial del mundo, desapareció súbitamente y sus empresas y bienes fueron rápidamente feridos por los vencedores.



Había una política orientada a la identificación de los jóvenes con las luchas de los pueblos pobres por su liberación. Por esa vía, una semilla de justicia, de libertad, estaba presente en la conciencia de la gente. En algunos sectores de la juventud politizada se encontraban elementos de lo que podría llamarse un ser humano nuevo, más allá del egoísmo social y del cálculo de las vidas personales.

Todos los datos parecen coincidir en que la catástrofe final comenzó en 1989 en Leipzig, donde estaba celebrándose el 40º aniversario de la fundación del país con una profusión de actos que terminaron por convertirse en una expresión de descontento. Para entonces las expectativas de libertad de la población habían rebotado. En ello influyeron los acontecimientos políticos más cercanos, como la huida masiva hacia Occidente por parte de “turistas” húngaros y checoslovacos y la presión que sobre las mentes de todos provocaron las grandes manifestaciones populares de protesta en esos dos países y sobre todo el hecho más grave: la rebelión popular polaca. Entonces las movilizaciones populares se volvieron masivas y corrientes en numerosas ciudades de la RDA. Hubo enfrentamientos con la policía y crecieron los detenidos, aunque el Ejército no intervino directamente. El jefe del gobierno y del Partido, Erich Honecker (prisionero del nazismo que murió en 1994 exiliado en Chile, víctima de un cáncer) jugó con la idea de disolver las protestas pero se impuso la presión de los soviéticos, con Gorbachov al frente. Honecker, como Fidel Castro, era opuesto a la *perestroika*. Los alemanes exigían ahora plena

libertad en su vida cotidiana, y radicalizaron sus posiciones hasta la exigencia de libertad política y reunificación del país. Cuando se produce el asalto al Muro desde Berlín Occidental los soldados orientales no ejercieron ninguna resistencia. El Ejército de la RDA era de conscriptos, no de soldados profesionales, y estaba influido por el pensamiento socialista y ligado a la vida cotidiana de la población, al amplio mundo de la juventud. No abrigaba diferencias ideológicas con el pueblo y estaba más identificado con la gente del común que con los altos dignatarios del Estado.

Desde fines de los años ochenta amplios sectores sociales, y en particular las nuevas generaciones, querían un cambio radical de las cosas, y la caída del Muro los llenó de júbilo. Esa población, nacida después de la segunda guerra mundial, se acercó a la realidad internacional a través acciones de solidaridad con núcleos sociales reprimidos de Occidente. La información al respecto era muy abundante y generalmente objetiva. Había una política orientada a la identificación de los jóvenes con las luchas de los pueblos pobres por su liberación. Por esa vía, una semilla de justicia, de libertad, estaba presente en la conciencia de la gente. En algunos sectores de la juventud politizada se encontraban elementos de lo que podría llamarse un ser humano nuevo, más allá del egoísmo social y del cálculo de las vidas personales. A comienzos de los años setenta, con motivo de la tragedia pinochetista de Chile, de la revuelta nicaragüense y de la lucha insurgente en El Salvador, hubo notables manifestaciones de identificación sincera con los pueblos latinoamericanos. Las actuales manifestaciones de racismo y xenofobia eran casi totalmente existentes y muchachos y muchachas hacían trabajo voluntario, recolectaban artículos de con-



sumo y dinero para financiar la solidaridad, rodeaban a los exiliados y perseguidos que arribaban a la RDA, renunciaban, a favor de familias exiliadas, a la ocupación de apartamentos e incluso casas que les correspondía ocupar dentro de los planes de vivienda del Estado. El derrumbe del Muro apaciguó sus corazones identificados con los oprimidos de todas partes.

Hoy, en la parte oriental de la Alemania unificada, todo el pasado reciente del socialismo parece haberse borrado: la existencia de una sociedad sin pobres ni ricos, sin hambre ni desocupación, con seguridad social asegurada y educación gratuita hasta los últimos grados, todo ello que los alemanes del este no salieron a defender. No tenían li-

bertades públicas y eso era suficiente para acompañar la decisión de sus familiares y amigos occidentales. Las libertades parecieron entonces ser más importantes de lo que se creía, medita uno pensando en Cuba, la sociedad más democrática y justa edificada nunca en suelo americano.

Es como si la felicidad no pudiera ser alcanzada sino a la fuerza. Simón Bolívar dejó consignado ese mismo pensamiento durante la primera fracasada campaña libertadora de Venezuela, y hace dos mil quinientos años Platón y Aristóteles habían hablado de lo mismo. Nadie quiere la felicidad impuesta a la fuerza y no solo de pan vive el hombre sino también de todos los derechos que sean posibles.

✘

